

Manolita del Arco pasó 18 años en la cárcel por pertenecer al PCE; Soledad Real estuvo condenada a 30 años de prisión por un tribunal contra el comunismo y la masonería; a Hortensia la condenaron a muerte por ser miliciana y unirse a la guerrilla, pero le concedieron la gracia de esperar a que naciera su hija y amamantarla, y a Reme la llevaron a la cárcel por bordar una bandera republicana. Éstas son algunas de las mujeres en las que se basa *La voz dormida*, una novela de Dulce Chacón (Zafra, Badajoz, 1954) en la que ha dado la palabra a las que perdieron la guerra dos veces: por ser mujeres y retroceder en los derechos alcanzados en la II República y por su ideología política.



DULCE CHACÓN

“Las mujeres perdieron la guerra dos veces”

Entrevista:
VIRGINIA OLMEDO

La voz dormida es una novela que tiene el valor y la fuerza de estar basada en hechos reales, en vivencias reales, en retazos de realidad recopilados por Dulce Chacón durante cuatro años. La realidad que cuenta es dura al tiempo que sensible, humillante, hambrienta, con frío de invierno y enfermedades porque así vivieron las presas políticas tras la Guerra Civil.

—¿Cómo se documentó para novelar este período?

—Hablé con muchos historiadores, acudí a la hemeroteca y a distintas bibliotecas. Sin embargo, lo fundamental en la documentación han sido los viajes, porque he ido recorriendo distintas ciudades y recogiendo documentos orales. Sin estos testimonios no la podría haber escrito, hubiera sido otra novela. Aparte, consulté libros como el de Secundino Serrano. Me documenté cuatro años y medio y, de esos, dos años y medio tardé en escribir la novela.

—¿Encontró miedo a hablar de estos años?

—Hay miedo a hablar y, en algunos casos, miedo a escuchar, sobre todo por parte de los vencedores, los que pudieron contar su historia. Me sorprendió mucho el caso de una mujer de ochenta y tantos años que me recibió en su casa y antes de empezar a hablar me pidió en un tono muy

bajo que, por favor, cerrase la ventana por temor a ser escuchada, porque no quería que sus vecinos supieran de qué estaba hablando.

La cerrazón es de los que ganaron y pudieron contar su historia sobre los hechos que tuvieron lugar en la Guerra Civil y en la posguerra, porque creen que se usa un tono de reproche. Eso es lo que más me impresiona.

—¿Qué perdieron las mujeres en la Guerra Civil?

—Esta novela trata de ser un homenaje a las mujeres que perdieron la guerra porque la perdieron dos veces. Una, al ser despojadas de los derechos que habían adquirido en la II República y otra porque fueron las derrotadas. Creo que perdieron tanto las mujeres de izquierdas como las de derechas porque a ambas se les impuso el sometimiento de ser únicamente madres y amas de casas.

—Dentro del horror y las humillaciones que reciben las presas también hay historias de amor.

—Sí, son historias de un amor apasionado, vivido con mucha prisa y esperado con mucha paciencia. Por ejemplo, el personaje de Pepita está inspirado en una mujer cordobesa que esperó a su novio durante 17 años a que saliera de la cárcel y el día que dejó la prisión se casaron. Ella tenía 40 años



y él 45. Otro de los personajes es Reme, que está basado en una guerrillera de la Agrupación de Levante y Aragón que está casada con Florián, otro guerrillero. Cuando acabó la guerrilla ella fue encarcelada. Durante los diez años que estuvieron sin verse él pensó que Reme estaba muerta. Se reencontraron casualmente en la estación de Praga, y desde ese día hasta hoy, que viven en Valencia, van cogiditos de la mano.

–Dulce Chacón, que nació en el pueblo de Zafra (Badajoz), se fue a Madrid junto a su madre y ocho hermanos cuando su padre murió a los 45 años. La escritora llegó a la capital con 11 años. La acción de *La voz dormida* transcurre en la prisión de Ventas y en la zona de la calle Atocha de Madrid, alrededor de cuya arteria vive esta escritora y habla de los personajes como si todavía se los pudiera cruzar en la calle.

“Una mujer de ochenta años me recibió en su casa y antes de empezar a contar me pidió que cerrase la ventana por temor a ser escuchada”

–He querido con esta novela hacer un homenaje a mi barrio. El personaje de Fernando vive en la casa de enfrente a la mía y trabaja en la calle Moratín. Hay encuentros de personajes en la plaza de Benavente. Pero también transcurre la historia aquí porque está cerca de lo que era el edificio de la DGS, en la Puerta del Sol. Y curiosamente, me he enterado hace poco de que Pepita y Jaime se casaron de verdad en la iglesia de Santa Cruz, que también está en Atocha, aunque yo la puse porque me iba bien para la historia.

–El libro es una novela coral con un personaje central.

–La línea conductora de la novela es Pepita, la hermana de Hortensia, que es la mujer fusilada tras dar a luz y amamantar a su hija. Pepita es una mujer muy inocente, sin conciencia política, que se ve envuelta en una maraña de acontecimientos. Lucha por amor, no por compromiso político.

–Para escribir el personaje de Mercedes, la funcionaria de prisiones, ¿entrevistó a alguna celadora?

–Me inventé ese personaje para dar humanidad al relato. No entrevisté a nadie porque no me interesaba encontrar esa voz, pues ya la registré en mi libro anterior *Cielos de barro*. Las funcionarias solían ser monjas que pensaban que las culpables del derramamiento de sangre en los conventos



“Han confundido silencio con amnesia y no se puede consentir, porque un pueblo sin memoria es un pueblo enfermo”

Dulce Chacón empezó varias carreras y no acabó ninguna. Se declara de izquierdas y atea. En 1992 publicó su primer libro de poemas, *Querrán ponerle nombre*, al que siguió *Las palabras de la piedra* (1993). Dos años después fue galardonada con el Premio de Poesía Ciudad de Irún por *Contra el desprestigio de la altura*. Algunos de sus poemas fueron recogidos en la antología *Tarde tranquila. Omaggio alla poesia*, editada en Italia. Ha publicado las novelas *Algún amor que no mate* (1996), *Blanca vuela mañana* (1997) y *Háblame, musa, de aquel varón* (1998), y el libro de poesía *Matar al ángel* (1999). En 1998 se estrenó su primera obra de teatro, *Segunda mano*. Su última novela, anterior a *La voz dormida*, fue *Cielos de barro*, ganadora del Premio Azorín 2000.

“Esa fotografía es de un libro de Julián Chaves que se titula *Historia de la guerra en Extremadura* y pertenece al Archivo de Alcalá de Henares. Me regalaron el libro y cuando vi la foto supe que esa era Hortensia”, dice la autora.



eran las presas, o viudas de guerra que trataban a las republicanas con toda la saña que podían. Las internas sufrían todo tipo de penalidades en la cárcel de Ventas porque fue construida en la II República por Victoria Kent para 500 internas y resulta que en algunos momentos hubo entre 11.000 y 14.000 presas. No se sabe con exactitud, porque ni siquiera se podía contabilizar. El hacinamiento era tan horrible que cada peldaño de las escaleras era una cama.

–Lo que destaca de las prisioneras y los guerrilleros es la solidaridad y su fortaleza física.

–Recuerdo a Gerardo Antón, un guerrillero de Cáceres que tenía como nombre de guerra Pinto y que ahora que tiene 82 años; yo lo vi saltar desde una tarima durante un acto. Me quedé muy sorprendida y él me dijo: “Si yo no tuviera estas piernas estaría muerto”. En la guerrilla tuvieron que sobrevivir al frío o al calor, y los que estaban en las cárceles a

“La guerra acabó el 1 de abril de 1939 para un sector de la población, para otro empezó otra aún más terrible”



la disentería, sífilis... Por otro lado, la solidaridad existía dentro, pero también entre las presas y las personas de afuera.

–¿Por qué ha escrito *La voz dormida*?

–Tenía una necesidad de saber lo que no me contaron: esa historia oculta, sombría, tapada o silenciada. Me parece necesario hacer un homenaje a la gente que perdió y no pudo contar su historia.

–¿Qué destacaría de las personas que ha entrevistado para recoger testimonios?

–Sencillamente que lucharon con muchísima dignidad y fe en sus ideales, sin ninguna fisura, y todavía los mantienen intactos. Sin su lucha no viviríamos en este mundo, que es mejor que el que tuvieron. Personas tan comprometidas, tan conscientes de que había que mejorar, a pesar de todos los abandonos que sufrieron, porque también el Partido Comunista las abandonó. Es impresionante saber que cuando salían de la cárcel se ponían de inmediato a disposición del partido.

–¿Cómo se pueden olvidar los horrores de la guerra?

–Se podrán olvidar cuando se puedan contar y escuchar, cuando el perdón se produzca de verdad y la memoria sea un derecho y no un conflicto. La guerra acabó el 1 de abril de

1939 para un sector de la población, mientras que para otro empezó otra aún más terrible. En las distintas presentaciones que he hecho de esta novela siempre hay alguien que se me acerca y me dice que en su casa hubo alguien parecido a algún personaje del libro.

–Pero existe un silencio sobre esos acontecimientos...

–El silencio ha sido impuesto, primero, por la dictadura franquista y luego, por los pactos democráticos que necesitaban el consenso político. Sin embargo, España está sembrada de monumentos a los caídos de un bando, y lo que tendría que haber es un monumento por todos los caídos. Han confundido silencio con amnesia y la amnesia no se puede consentir, porque un pueblo sin memoria es un pueblo enfermo, al igual que una persona sin memoria está enferma.

–Hay todavía calles y plazas con el nombre de generalísimo, estatuas ecuestres de Franco, arcos del triunfo, etc. ¿Habrá que retirar estos símbolos de las ciudades y pueblos españoles?

–Considero que sí, porque son demasiados homenajes y no hay que perpetuarlos. Es imprescindible saber lo que pasó, pero para eso no son necesarias las estatuas que homenajan sólo a una parte de quienes intervinieron en la guerra ■